

//Dossier// Alejandra Nallim (coord.)
Literaturas de fronteras y fronteras literarias en la Argentina

Reflexiones situadas sobre el concepto de frontera(s)

María Eduarda Mirande¹

Recepción: 12 de octubre de 2023 // Aprobación: 22 de noviembre de 2023

Resumen

Este trabajo interroga y problematiza el concepto de frontera a partir de una reflexión que sitúa a Jujuy como territorio fronterizo, y conversa con el pensamiento del escritor Héctor Tizón y del antropólogo Rodolfo Kusch. Se parte de la consideración geopolítica territorial del concepto para avanzar paulatinamente hacia sus aspectos semióticos, simbólicos, enunciativos y metafóricos. Al mismo tiempo, se abordan las proyecciones de la frontera en relación con las tensiones entre centro y periferia, y en conexión con las cuestiones de alteridad e identidad(es). Finalmente, el hilo reflexivo conduce a las implicaciones antropológicas del término, que actualmente se presenta como una opción epistemológica decolonial con un declarado componente ético, ideológico y político.

Palabras clave

frontera - Jujuy - territorio - decolonial - geopolítica

Abstract

This work interrogates and problematizes the concept of frontier based on a reflection that places Jujuy as a border territory, and converses with the thoughts of the writer Héctor Tizón and the anthropologist Rodolfo Kusch. It starts from the territorial geopolitical consideration of the concept to gradually advance towards its semiotic, symbolic, enunciative and metaphorical aspects. At the same time, border projections are addressed in relation to the tensions between center and periphery, and in connection with questions of alterity and identity(ies). Finally, the reflective thread leads to the anthropological implications of the term, which is currently presented as a decolonial epistemological option with a declared ethical, ideological and political component.

Keywords

frontier - Jujuy - territory - decolonial - geopolitical

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Profesora Titular de Literatura Española I y II en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy. E-mail: eduardamirande@gmail.com

“ser donde se piensa”
W. Mignolo

Hace unos años, fui invitada a participar de un curso intensivo de verano convocado para reflexionar sobre un concepto complejo, el de “fronteras invisibles”². Este trabajo es fruto de las reflexiones que realicé entonces para dilucidar algunos de los múltiples sentidos de esta palabra sustantiva, que hoy más que nunca nos interpela en un mundo que ha convertido a las fronteras en heridas abiertas, en zonas de exclusión y guerra, y donde la intolerancia étnica, religiosa y política amenaza otra vez a la humanidad con sus armas más letales.

El término frontera es, en efecto, en extremo polisémico y entraña grandes dificultades a la hora de precisar sus alcances. Observemos algunos de sus usos cotidianos: una frontera se cruza, se cierra, se abre, se desplaza, se amura y se derriba pero también se comparte y se habita; hay fronteras naturales, externas e internas, visibles e invisibles; existen médicos sin fronteras, literatura de frontera (los romances fronterizos, por ejemplo), culturas fronterizas y políticas de frontera. ¿Se trata de un borde, una línea o de un territorio específico? ¿Estamos frente a una categoría calificativa o tal vez clasificatoria?

Para precisar los sentidos del vocablo vienen a nuestra ayuda los diccionarios. La RAE ofrece escuetas definiciones³: “confín de un estado”, “límite” y “frontis”. María Moliner en su *Diccionario de uso del español* (2007) añade que frontera es “cualquier cosa que limita la extensión o el alcance de una cosa” (p. 1405). Por su parte, el Diccionario de Español Jurídico de la RAE la define como:

Línea que marca el límite exterior del territorio de un Estado, entendido como el espacio terrestre, marítimo y aéreo sobre el que ejerce su soberanía, lo que permite hablar de fronteras terrestres, marítimas y aéreas en función de la naturaleza física del espacio delimitado.

Esta misma fuente indica que existen fronteras artificiales creadas para demarcar espacios con mojones, alambrados o muros; las hay naturales, delimitadas por ríos, montañas o mares; e imaginarias, trazadas mediante referencias astronómicas o geométricas, tales como paralelas o coordenadas.

Las definiciones apuntadas dan cuenta del aspecto material del término y conducen hacia una representación de la frontera como borde, línea o demarcador geopolítico, natural,

² El curso intensivo de verano “Reconociendo fronteras invisibles: cruces, tránsitos y agentes”, fue organizado en forma conjunta por la Universität zu Köln (Colonia, Alemania) y la Università degli Studi de Bergamo (Italia,) y se desarrolló en esta ciudad italiana del 20 al 30 de julio de 2018.

³ He seleccionado solo aquellas definiciones que vienen a propósito de las reflexiones vertidas en este trabajo, omitiendo las que remiten a los aspectos arquitectónicos de la palabra frontera.

artificial o imaginario, que limita la extensión de un territorio.

Ahora bien, si volvemos al diccionario de la RAE, observamos una curiosidad: el vocablo deriva de “frontero” —que proviene a su vez del latín *frons / frontis*—. La palabra frontero aporta dos nuevos sentidos anexos: por un lado, “jefe militar que mandaba en una frontera” y por otro, “situado en frente”.

Me interesa examinar la primera acepción que abre una variable distinta a la estrictamente material y geográfica al incluir un agente —el frontero— como “jefe militar” especializado para un oficio adaptado a un ámbito puntual. Desde esta perspectiva, la frontera no solo se dibuja con un mayor espesor, es decir, como un espacio “entre” dos territorios, a los que une y a la vez separa, sino como un ámbito diferenciado que requiere de una agencia igualmente diferenciada. En suma, lugar intersticial marcado por una diferencia que es necesario vigilar. Se añaden así nuevas significaciones al concepto, que se muestra como campo de disputa y potencial violencia y, por ende, de tensiones sociales. ¿Qué se disputa en la frontera? ¿Se trata solamente de defender y asegurar la estabilidad de los límites geopolíticos? ¿Qué otros fenómenos potencialmente “peligrosos” suceden en los territorios fronterizos que accionan los aparatos de control del Estado? ¿Cómo funciona la dinámica de la frontera?

Estas dimensiones de sentido, actualización y utilidad de la palabra frontera son las que pretendo examinar en este trabajo, haciendo una aclaración: mis reflexiones están pensadas desde mi propio lugar de habitante de un territorio fronterizo: Jujuy; y se hallan inspiradas por el epígrafe de estas disquisiciones: “ser donde se piensa” (Mignolo, 2010, p. 93). Esta provocativa frase de Mignolo, que interpela al “pienso luego existo” cartesiano —atemporal y desterritorializado—, se ofrece como una alternativa para concebir al ser y a la existencia arraigados a un *locus*; en tal sentido es también una invitación para la reflexión situada.

Ahora bien, este ejercicio del pensar situado se alimenta de otros pensares coterráneos en un diálogo que nace de la experiencia de la fronteridad compartida. Por ese motivo, incluiré las voces de dos referentes de la cultura de Jujuy: Héctor Tizón⁴, notable y reconocido

⁴ Héctor Tizón (Rosario de la Frontera, Salta, 21 de octubre de 1929 - San Salvador de Jujuy, Jujuy, 30 de julio de 2012). Escritor, periodista, abogado y diplomático argentino. Fue agregado cultural en México, donde se vinculó con Juan Rulfo, Ernesto Cardenal, Ezequiel Martínez Estrada, Augusto Monterroso y Tomás Segovia; fue también cónsul en Milán. Abandonó la diplomacia en 1962 y regresó a Argentina. En 1976 se exilió en España, donde trabajó en editoriales, diarios y revistas. Repatriado en 1982, se instaló definitivamente en Jujuy, donde, a mediados de la década de 1990 fue designado Juez del Superior Tribunal de Justicia. Parte de su obra, fiel a sus raíces y a su lugar de origen, sus mitos e historias, ha sido traducida al francés, inglés, ruso, polaco, alemán y serbocroata. Fue distinguido con varios premios, incluyendo el «Konex de Brillante», el de «Consagración Nacional» de la Academia de Letras, el «Gran Premio de Honor» de la Sociedad Argentina de Escritores, y el del Fondo Nacional de las Artes. En 1996 recibió la condecoración de Caballero de la Orden de

escritor de estos territorios, y Rodolfo Kusch⁵, antropólogo y filósofo que vivió sus últimos años a fines de la década del 70 en Maimará, un pequeño pueblo de la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). Ambos hombres conocedores de la frontera, auténticos y lúcidos “fronteros” de este confín del mundo llamado Jujuy.

Pensar la frontera desde la(s) frontera(s)

Jujuy, tierra de fronteras: Límite y periferia – alteridad e identidad

Jujuy es el extremo norte de lo que en Argentina denominamos “el interior”. Los argentinos nos pensamos en términos territoriales como si existiese un adentro profundo y un afuera visible, un interior provinciano tendido de espaldas tras un frontis abierto al mundo. En esa representación mental de nuestro territorio-país, Jujuy ocupa el espacio más septentrional y lejano de la provincianidad, mientras que Buenos Aires, la mega metrópoli (una “cabeza de Goliat”, como la definió el ensayista E. Martínez Estrada hacia 1940) se sitúa en el centro hegemónico y es un gran portal abierto hacia el exterior por su puerto de aguas dulces sobre el anchísimo Río de la Plata. Establecida en la periferia, Jujuy mantiene con Buenos Aires relaciones de tensión, marcadas por la experiencia de la subalternidad y por la dependencia económica.

Signada por la lejanía respecto a Buenos Aires, Jujuy es además un territorio limítrofe entre Argentina y Bolivia, país vecino con el que comparte un pasado colonial y una memoria cultural andina prehispánica de raíces collas y aymaras, y con el que mantiene vínculos de diversa índole: relaciones e intercambios comerciales (sobre todo de comercio informal), humanos (trabajadores temporarios o “golondrinas”, mano de obra barata requerida por la

las Artes y las Letras otorgada por el gobierno de Francia, y el Premio Dos Océanos en 1999 por su novela *Luz de las crueles provincias*. Escribió once novelas: *Fuego en Casabindo* (1969), *El cantar del profeta y el bandido* (1972), *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975), *La casa y el viento* (1984), *El viaje* (1988), *El hombre que llegó a un pueblo* (1988), *Luz de las crueles provincias* (1995), *La mujer de Strasser* (1997), *Extraño y pálido fulgor* (1999), *El viejo soldado* (2002) y *La belleza del mundo* (2004). Publicó cuatro libros de Cuentos: *A un costado de los rieles* (1960), *El jactancioso y la bella* (1972), *El traidor venerado* (1978) y *El gallo blanco* (1992). Entre sus ensayos y memorias, figuran *La España borbónica* (1978), *Recuento* (antología personal de 1984), *Tierras de frontera* (1998), *No es posible callar* (2004), *El resplandor de la hoguera* (2008), y *Memorial de La Puna* (Libro de memorias póstumo de 2012).

⁵ Günter Rodolfo Kusch (Buenos Aires, 25 de junio de 1922– Buenos Aires, 30 de septiembre de 1979). Antropólogo y filósofo argentino. Fue de los primeros en formular categorías para comprender y definir al sujeto latinoamericano y su estar en el mundo, a partir de una visión y un contacto profundo con el hombre, la cultura y el paisaje de América Latina; entre estas categorías destacan el “estar siendo”, el “hedor de América”, “la dialéctica de la fagocitación”. Realizó aportes sobre la cultura, el sujeto cultural, la naturaleza, el símbolo, la vida, el saber, el pensar, la política, el pueblo de América Latina. Sus obras son *La seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo* (1953), *América profunda* (1962), *Indios, porteños y dioses* (1966), *De la mala vida porteña* (1966), *El pensamiento indígena y popular en América* (1971), *La negación del pensamiento popular* (1975), *Geocultura del hombre americano* (1976), *Esbozo de una antropología filosófica americana* (1978).

industria local), culturales (gastronomía⁶, músicas, bailes⁷), simbólicos (creencias, rituales, cultos, como la devoción a la virgen de Urkupiña).

Según sostiene Gabriela Karasik, “la frontera con Bolivia (valorada e incorporada, o rechazada y negada) es una frontera presente en el imaginario jujeño” (Karasik, 1993), a lo que agregó: presente y necesaria para la conformación de la identidad provinciana. El boliviano es para el jujeño un otro que genera más expresiones de rechazo que de aceptación, por lo que es común oír hablar en términos de invasión o de “contaminación” cuando se hace referencia a la población boliviana asentada en la provincia, y llegada en búsqueda de trabajo, salud y educación para los hijos.

En síntesis, en la representación geopolítica de Jujuy vemos un doble funcionamiento de la noción de frontera: como espacio periférico respecto a Buenos Aires y como límite divisorio geopolítico entre dos Estados. Esta última dirección incluye una tercera dimensión de carácter semiótico —imaginario y simbólico— que los Estados nacionales construyen deliberadamente para autorrepresentarse como colectivo unificado en torno a una identidad. Esta se asienta sobre la base de una misma lengua y se configura alrededor de códigos compartidos, tales como los símbolos patrios (bandera, escudo, himno, incluso flores y piedras “nacionales”⁸), a los que hay que añadir estereotipos culturales identitarios, como el tango o el gaucho, muy presentes en el imaginario argentino.

Hasta aquí, el concepto de frontera está planteado desde una doble posición de carácter geográfico-político y semiótico-simbólico. Como sostiene Alejandro Grimson (2000), “frontera fue y es simultáneamente un objeto/concepto y un concepto/metáfora. De una parte parece haber fronteras físicas, territoriales; de la otra, fronteras culturales, simbólicas” (p. 9).

Presentada en esta doble acepción, la frontera instala dos temas: por un lado, las relaciones entre centros y periferias dentro de un mismo Estado-Nación (mecanismo que se reproduce a escala menor al interior de cada Estado provincial); y por otro, el tema de la alteridad plasmado en la dialéctica del “otro” vs. “nosotros”. Me interesa detenerme sobre este último punto, pues esta dialéctica funciona a la manera de un dispositivo móvil situado tanto en la frontera geopolítica del Estado-Nación como al interior del mismo. Para explicar esta idea, retomo las consideraciones sobre la jujeñidad percibida en términos de territorialidad.

⁶ Comidas autóctonas preparadas en base a choclo, papa, maíz, quínoa.

⁷ Takirari, saya, huayno son algunos de los ritmos musicales bailables que suenan de un lado y otro de la frontera jujeño-boliviana.

⁸ La flor de ceibo fue declarada Flor Nacional Argentina por Decreto N° 13.847 del 22 de diciembre de 1942. La rodocrosita es considerada la piedra nacional aunque no existe un decreto oficial al respecto.

En la dialéctica dicotómica del “otro” vs. “nosotros”, para un jujeño el otro por antonomasia es el boliviano, pero al interior de los límites nacionales, el estereotipo del otro pasa a ser el porteño, el habitante de Buenos Aires. No obstante, si colocamos la perspectiva en un lugar cualquiera de la provincia de Jujuy, que no sea su ciudad capital (San Salvador de Jujuy), es probable que los parámetros de la otredad se desplacen, de tal suerte que, por ejemplo, para un habitante de Susques (pueblo situado en el Altiplano o Puna jujeña a casi 4000 metros de altura sobre el nivel del mar) el otro pase a ser el jujeño capitalino.

A la luz de esta dinámica dicotómica asociada a un territorio que se habita, las nociones de frontera y otredad ponen en escena inexcusablemente el tema de la identidad o sería mejor decir, el tema de las identidades móviles. Estas tienden naturalmente a construirse *frente a otro y/o detrás de otro*, en una relación jerárquica de carácter simbólico donde se sitúa al que está delante en un lugar imaginariamente superior, mientras que al postrero —a quien no se ofrece la faz ni la mirada— se coloca detrás o en los márgenes, luego de haberlo minimizado, estigmatizado o directamente invisibilizado. Estas formas de figuración de la alteridad en tanto superioridad o inferioridad operan en el dispositivo de base de las representaciones de las alteridades y de la mismidad. Así surgen las figuras de otredad que, llevadas a uno u otro extremo del mecanismo formador de identidades, nos ofrece de un lado, al bárbaro, al salvaje, al extranjero, al monstruo y toda la gama de las subalternidades con sus respectivas estigmatizaciones; y del otro, al héroe, al superhéroe, al santo y sus figuraciones afines o derivadas. Veremos más adelante cómo es posible poner en cuestión este mecanismo dicotómico para abrir la posibilidad a otras maneras de concebir las identidades a partir de una reformulación del concepto de frontera.

Jujuy, “pórtico maravilloso de la Patria”. Umbral de traducciones semióticas

En el mapa nacional argentino varias son las ciudades capitales que se nombran con epítetos: Buenos Aires, por ejemplo, es “la reina del Plata”; Córdoba, “la docta”; Tucumán, “el jardín de la República” y Jujuy, “el pórtico maravilloso de la Patria”. El sintagma que pondera las bellezas del suelo jujeño trae a colación otra forma de representar la frontera, esta vez como pórtico, zona de pasaje y tránsito entre un adentro y un afuera. Entendida en tal sentido, la frontera carga con un estatuto singular, lugar de cruce y mediación, capaz de funcionar como un umbral semiótico.

Pensar la frontera como un umbral, nos conduce al campo de los fenómenos semióticos y al ámbito específico de la semiótica de la cultura, donde hallamos una teoría que ofrece un concepto de gran productividad para estas reflexiones. Me refiero a la noción de

semiosfera propuesta por Iuri Lotman en analogía con la de biosfera formulada por W. Vernadski hacia 1926. Afirma Lotman que así como en la naturaleza cualquier ser vivo existe solo dentro de un sistema y en relación con otros seres vivos, en el ámbito de las ciencias sociales, un signo o un sistema sígnico solo puede funcionar en un espacio semiótico y en relación con otros signos o sistemas sígnicos. La semiosfera es el lugar de la semiosis fuera del cual los procesos semióticos no pueden existir. Cada semiosfera funciona como un *continuum* semiótico multicentrado, con sus respectivos núcleos y periferias, y como un espacio delimitado por fronteras semióticas internas (situadas entre los núcleos y sus respectivas periferias) y externas (ubicadas entre semiosferas diferentes) (Lotman, 1996, pp. 22-24).

Este concepto de frontera permite describir operativamente el funcionamiento interno y externo de la semiosfera, ya que actúa como mecanismo bilingüe de traducción entre los diferentes estratos de una misma semiosfera (sus núcleos y periferias), y entre una semiosfera y otra. La frontera es, por lo tanto, un umbral, una zona de contacto entre los centros y las periferias de los universos culturales que opera como mecanismo de traducción de lenguajes: textos, música, bailes, rituales, símbolos. Se trata de una zona bullente, dinámica, híbrida, donde los lenguajes culturales se vuelven más inestables, porosos, permeables, menos estructurados y dogmáticos. Esta particular dinámica descrita por Lotman hace que la frontera se perciba como un intenso caos. Zona de tensiones, pero también de encuentro y disputa porque implica el reconocimiento de lo *otro* y del *otro*.

Ahora bien, la frontera como espacio semiótico de intercambios y traducciones de diversos lenguajes habilita otro tipo de fenómenos más complejos en torno a los procesos de construcción de identidad(es). ¿Puede acaso la frontera proveer modelos de identidad? Al respecto, Homi Bhabha, teórico del poscolonialismo cuyos aportes resultan de gran interés para la teoría literaria y cultural, señala:

Estos espacios ‘entre-medio’ [in-between] proveen el terreno para elaborar estrategias de identidad [selfhood] (singular o comunitaria) que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad (2002, p.18).

Bhabha atribuye a la frontera una potencia innovadora no solo para la conformación de nuevos “signos de identidad”, sino para el “acto de definir” la idea de sociedad. Su propuesta nos lleva a dar un paso más en estas reflexiones situadas en la frontera, y para ello nada más oportuno que escuchar las voces de quienes se pensaron desde el corazón mismo de su condición fronteriza.

Pensar la frontera con otros desde Latinoamérica

En diálogo con Héctor Tizón: La frontera, lugar de enunciación y trama discursiva

En entrevistas, notas periodísticas y casi como un lugar común para hablar de sí, Héctor Tizón se solía definir como “un ejemplar de frontera”. En efecto, la frontera es un *leit motiv* en su escritura y objeto de reflexión de uno de sus libros, *Tierra de Fronteras* (1998), texto que se mueve entre la memoria y el ensayo breve. Allí, en un artículo titulado “Reflexiones y experiencias: sucinta historia de mis libros”, el escritor señala sus raíces de sujeto fronterizo, oriundo de la “América profunda”, narra su infancia transcurrida en la Puna de Jujuy, refiere a la lengua —y al habla— de las personas de servicio de su casa y de sus niñeras, recuerda sus particulares maneras de narrar mitos y leyendas, sus modismos y mixturas lingüísticas, recuerda también la violenta confrontación que experimentó con la lengua de la escuela y de los libros. En otro de sus artículos: “Viajeros y vagabundos”, Tizón profundiza su análisis en estos términos:

El norte ha sido siempre para mí una referencia mágica, no así el sur, al que relacionaba con lo extraño o ajeno. Quizá porque al norte desaparecían los trenes, las tropillas de asnos y llamas cargadas con maíz o chucherías de los arrieros indios. El norte significaba también “hacia arriba”, el camino que luego de recorrer un breve trecho, torturado, y casi siempre envuelto en una brillante nube de polvo, comenzaba a subir. Y las grandes montañas emergiendo de un horizonte de brumas. Además, al norte estaba la frontera, otra palabra mágica, la linde, el límite marcado por un grueso trazo, donde otros hombres creían en otras cosas, vivían de otra manera, y tal vez tendrían otra apariencia. Mi tendencia a viajar, a desplazarme de un lado a otro, a abandonarlo todo y quemar mis naves, provienen —así lo creo— de haber nacido montañés y fronterizo.

Me habían enseñado, o tal vez lo imaginaba, que del norte llegaban la viruela, la suciedad, la miseria, míticas plagas que de pronto caían sobre nosotros para castigarnos (...) En el norte se localizaban la revolución y la guerra (...); del norte llegó a Yala el ciego horriblemente mutilado que tocaba el violín bajo los soportales y, con un circo indigente, el gigante Camacho, que desayunaba con un litro y medio de leche y cuatro bollos del tamaño de la tapa de una cacerola. Entonces, cuando boliviano entre nosotros era como un epíteto infamante. (Tizón, 1998, pp. 23-24)

Podría decirse que este texto (y, en realidad, todo el libro) es un intento por esclarecer un lugar de enunciación, experimentado (y sentido) como un umbral que no se sitúa ni adentro ni afuera, ni en el norte ni en el sur. El escritor se define “montañés y fronterizo”, y posiciona su voz enunciativa justo en la franja divisoria entre un norte “mágico” y un sur “extraño”. Su mirada oscila entre esos dos puntos de referencia y desde ese lugar “entre”

opera como dispositivo de traducción: lo que ingresa desde el norte es interpretado con unos patrones diferentes a lo venido desde el sur. De un lado, lo mágico-hiperbólico, lo que fascina y a la vez genera temor, lo infamante y la paradoja; del otro, lo extraño y ajeno. La voz narradora se instala con certeza manifiesta “—así lo creo—” en un lugar móvil. El viaje aparece entonces como metáfora de una identidad fronteriza inestable, percibida bajo la forma de un permanente desplazamiento. La metáfora es sin duda sugerente, y permite pensar en un sujeto y en una identidad que se construyen en el pasaje de un lado a otro, y por lo tanto, en interrelación y en la mixtura.

Desde la perspectiva propuesta por Tizón, la frontera se caracteriza como un hábitat semiótico situado “entre” un norte y un sur, reales y a la vez imaginarios, y constituye una trama cultural compleja atravesada por numerosos lenguajes que coexisten de manera dinámica, caótica, paradójica, e incluso exorbitante. En paralelo, la identidad fronteriza se experimenta en tránsito; es decir, como un permanente desplazamiento. El sujeto fronterizo no se sitúa ni de un lado ni del otro de la frontera sino que está modelado por el vaivén, la oscilación, el movimiento zigzagueante del ser y estar en el “entre”.

Por otra parte, la frontera funciona asimismo como lugar de enunciación específico que atraviesa el discurso y lo modela en un habla que le es propia. Tizón señala esa condición del decir fronterizo con estas palabras:

Yo narro en español, lengua de mis abuelos, historias que suceden en un lejano confín de esa lengua que, de muchas maneras se va convirtiendo en otra, consubstanciándose, enriqueciéndose, como confluencia de ríos caudalosos y diferentes. (Tizón, 1998, p. 55)

La condición fronteriza se enuncia en (y con) las estructuras de la lengua; pero, ¿de cuál lengua? Sabemos que cada lengua entraña un sistema de representación del mundo y de la realidad. En la frontera, la lengua —nos dice Tizón— es una “confluencia de ríos caudalosos y diferentes”. Se manifiesta en un habla mixturada con otras hablas que provienen a su vez de otras lenguas, que modelan otras representaciones de mundo y otras memorias culturales. El sujeto hablante de la lengua de frontera está “sujetado” a la visión de mundo mixturada, mestiza, que esa lengua le provee. Esto es, no solo está marcado por la condición fronteriza de su hábitat sino que se halla modelado por la condición mestiza de su lengua.

En esta instancia del hilo reflexivo, es oportuno citar a Ana Camblong, reconocida especialista argentina en problemáticas semióticas y discursivas de frontera, para quien los seres humanos somos “animalitos semióticos”, que no solo atravesamos y habitamos fronteras, sino que nos hallamos atravesados por ellas (Camblong, 2014, p. 2).

Estas consideraciones conducen la deriva especulativa hacia otros aspectos de este concepto, que abordaré en conversación con el pensamiento de Rodolfo Kusch.

En diálogo con Rodolfo Kusch: La frontera, condición antropológica y utopía

Hacia 1977, Kusch escribió un breve texto inédito titulado “Vivir en Maimará”⁹. Con la excusa de justificar el porqué de su radicación definitiva en este pequeño pueblo quebradeño, y de preguntarse por el asombro que había causado su decisión entre sus allegados, el antropólogo conjetura que vivir en Maimará equivaldría en el lenguaje común a decir que se “estuviera del otro lado, como salvando una frontera”. A partir de esta introducción, se pregunta si acaso existe esa frontera y si esa frontera está fuera o adentro de uno mismo.

Estos interrogantes conducen al filósofo hacia una serie de reflexiones que remata con tres ideas: las fronteras existen para separar el mundo civilizado del caos (identificado este último en algunos relatos míticos con el infierno), la creación de fronteras responde a un mecanismo antropológico atávico, y finalmente, el trasponer una frontera para sumergirse en el caos, es una vía para adquirir un tipo de discernimiento de orden superior. Escuchemos a Kusch:

Que mi barrio es sagrado respecto a los otros barrios. Que mi ciudad es más linda que las otras. Que la nación en que vivo es mucho mejor que las naciones que me rodean o que la tierra está habitada por hombres mucho más lindos que los marcianos. Qué rara necesidad nos lleva a constituir un infierno al cabo de una frontera móvil, (...) ya sea a una cuadra de mi casa, o a 80 kilómetros, hasta abarcar las galaxias. (...) Nuestro mundo moderno vive enredado en las telarañas de viejos arquetipos.

¿Es que de nada valieron milenios de lucha para lograr lo que llamamos conciencia y civilización? ¿Siempre nos seguimos creando un pequeño imperio chino para ver a las fuerzas nefastas pintadas enfrente? Puede ser.

Quizá hemos errado el camino. Creemos con ingenua convicción que todo eso se supera con sólo decir que somos objetivos, que el espacio está vacío, que no hay fantasmas y que somos profundamente civilizados. Pero ¿por qué digo que hemos errado el camino?

Pues porque si en algo nos aventajan los viejos sabios (...) se debe a que aquéllos insisten en que las fronteras existen, que el infierno realmente se da del otro lado, pero que, y de aquí la profundidad de su enseñanza, que siempre es necesario descender al infierno, morir y transfigurarse para recobrar a través de las tinieblas la verdadera y auténtica lucidez, la conciencia mágica de ser totalmente uno

⁹ Este texto se imprimió en 1988 (y luego por segunda vez en 2015) a instancias de Salma Haidar, amiga personal del autor y depositaria de este y otro relato igualmente inédito que Kusch le había dejado antes de viajar a Buenos Aires “a morir”, según cita textual de Haidar en un breve prólogo. La publicación es una separata sin datos editoriales, que circula también por internet y puede ser consultada en: <https://es.scribd.com/doc/89642564/Kusch>

mismo. ¿Y esto por qué? Pues porque sí. Será porque entra en el misterio del hecho de vivir. Será también porque en lo tenebroso y en lo infernal también andan los dedos de Dios. (Kusch, 1988)

Kusch entiende a la frontera como una condición antropológica que determina la división primaria del espacio en esferas móviles. En este punto es posible establecer un paralelo con la propuesta de Iuri Lotman, para quien la cultura se asienta sobre un “dualismo semiótico de partida” (Lotman, 1996, p. 83); esto es, sobre dos lenguajes primarios: uno es la lengua natural que produce la duplicación del mundo en la palabra y el otro es el modelo estructural del espacio. Sobre este último afirma el semiólogo:

Toda actividad del hombre como *homo sapiens* está ligada a modelos clasificacionales del espacio, a la división de éste en “propio” y “ajeno” y a la traducción de los variados vínculos sociales, religiosos, políticos, de parentesco, etc. al lenguaje de las relaciones espaciales. La división del espacio en “culto” e “inculto” (caótico), espacio de los vivos y espacio de los muertos, sagrado y profano, espacio sin peligro y espacio que esconde una amenaza, y la idea de que a cada espacio le corresponden sus habitantes (...) son una característica inalienable de la cultura. (Lotman, 1996, pp. 83-84)

Lotman y Kusch coinciden desde posicionamientos epistemológicos diferentes en un punto crucial: la frontera es un mecanismo inherente al sujeto humano. Ahora bien, la necesidad de semiotizar nuestro hábitat delimitando el espacio propio del ajeno va unida a otra necesidad complementaria, la de situar un confín, un límite sin el cual sería imposible la cultura. Si para Lotman ese confín es una frontera semiótica que opera como filtro de traducción de lenguajes y textos de un universo semiótico a otro, para Kusch esa frontera adquiere otros valores y significados.

Con el propósito de desarrollar este aspecto, el antropólogo cuenta una anécdota. En China, en la época de la dinastía Han, cuando un ministro del emperador no cumplía con las funciones de su rango era enviado a los bordes del imperio, mas no como castigo sino como una forma de ayudarlo a recobrar claridad y fuerzas. En esas regiones lindantes, periféricas, los ministros del imperio chino renovaban el ánimo y recreaban sus ideas. Y esto era posible porque, según explica Kusch, el pasaje por un umbral fronterizo implica siempre una apertura hacia otros estados de conciencia, una particular lucidez respecto de la vida y de lo humano. Es por esto que las fronteras pueden ser pensadas (y experimentadas) positivamente como lugares de creatividad y de ampliación del discernimiento. Y en tal sentido, como sostienen Michaelsen y Johnson constituyen “un lugar de hibridación políticamente estimulante, de creatividad intelectual y de posibilidades morales” (Michaelsen y Johnson, 2003, p. 26).

Esta idea, que bien mirada se presenta como un programa de acción, conduce hacia el último apartado de estas reflexiones situadas, que pretendo funcione no a la manera de cierre convencional sino como una invitación hacia nuevas formas de pensamiento en las que el concepto de frontera puede jugar un papel fundamental.

En diálogo con la perspectiva decolonial: La frontera como categoría epistemológica

En las últimas décadas han surgido en América Latina, especialmente en el ámbito de la corriente crítica decolonial¹⁰, abordajes que entienden a la frontera como categoría epistemológica. En esta línea, Walter D. Mignolo es un referente ineludible, pues es quien propone sobre la base de la “desobediencia epistémica”, la construcción de “una epistemología fronteriza”, que implica no solo deconstruir las divisiones geoculturales y geopolíticas del pensamiento colonial moderno eurocentrado, sino reconocer y establecer lugares de enunciación gestados desde la plena conciencia de lo que él llama la “herida colonial”. Esto es “el sentimiento de inferioridad impuesto en los seres humanos que no encajan en el modelo predeterminado por los relatos euroamericanos” (Mignolo, 2007, p. 17). Cabe recordar que estos relatos se levantaron sobre criterios selectivos geográficos, de raza, religión y sexo, imponiendo la superioridad del modelo eurocéntrico (con su tradición científica y cultural, su ciencia y sus saberes) por sobre otros modelos de sociedad y de conocimiento. Frente a Europa, América Latina (así como África y otros territorios del mundo colonizado) se ubica en la periferia del mundo desarrollado, que ha impuesto la superioridad de la raza blanca por sobre las otras, la preeminencia del cristianismo por sobre las demás creencias religiosas y la hegemonía del modelo patriarcal por sobre otras organizaciones comunitarias no exclusivamente centradas en el poder del varón sobre la mujer.

La propuesta de un pensamiento decolonial no eurocentrado, que cuestione la universalidad de las tradiciones epistemológicas de la modernidad, es también una opción ética, ideológica y política para pensar la frontera no solo como un lugar de enunciación situado, sino como un dispositivo capaz de desarticular los imaginarios y los relatos hegemónicos de la modernidad.

¹⁰ Juan Carlos Vargas Soler define a la perspectiva decolonial: “como una manera diferente del pensamiento, en contravía de las grandes narrativas modernistas —la cristiandad, el liberalismo y el marxismo—, que localiza sus cuestionamientos en los bordes de los sistemas de pensamiento (en los pensamientos de frontera) abriendo la posibilidad de modos de pensamiento y conocimientos no-eurocéntricos. Esa perspectiva decolonial surge, recientemente, como una propuesta del grupo latinoamericano de estudios de la modernidad/colonialidad para abordar las problemáticas epistémicas, teóricas, metodológicas y prácticas asociadas a ella. (...) participan de él investigadores y académicos de diversas nacionalidades y áreas de las ciencias sociales, siendo los más conocidos el antropólogo Arturo Escobar, el semiólogo Walter D. Mignolo, los sociólogos Aníbal Quijano, Edgardo Lander y Ramón Grosfoguel, la lingüista Catherine Walsh y los filósofos Enrique Dussel, Santiago Castro Gómez y Nelson Maldonado Torres.” (Vargas Soler, 2009, p. 48).

Desde las fronteras de la civilización eurocéntrica es posible generar una nueva episteme sobre la base de una nueva conciencia decolonizadora atenta a las problemáticas locales, a las diferencias étnicas y de género, a los saberes gestados en cada territorio y a los conocimientos históricamente considerados subalternos por la hegemonía colonial, que con su política globalizadora invisibiliza las diferencias e impone un modelo único y homogeneizador.

En la generación de esa nueva episteme, cabe a la frontera un rol central. Concebida como un mecanismo de traducción situado en el “entre” de los modelos culturales, esta habilita el conocimiento del *otro* y lo *otro* por fuera de las estigmatizaciones clasificatorias, pues no se trata ya de un reconocimiento de las oposiciones binarias con las que el mundo moderno ha sido construido, sino de poner en marcha otro tipo de proceso cognitivo generado al margen de los “viejos arquetipos” —señalados por Kusch— sobre los que se ha levantado ese, “nuestro mundo moderno”. El conocimiento desde la frontera se genera al margen de la dialéctica centro/periferia, sujeto blanco/sujeto de color, hombre/mujer, cristiano/no cristiano, culto/inculto, civilizado/bárbaro; ya que, entendida como dispositivo formador de identidades, la frontera interviene en la conformación de las identidades otras y es el lugar de enunciación de las diferencias, las confluencias, el mestizaje, la mixtura y la paradoja. En ese punto radica -a mi parecer- la apertura hacia la verdadera y auténtica lucidez que Kusch, con mirada visionaria, atribuyó a su experiencia de vivir en Maimará.

Bibliografía

- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Manantial.
- Camblong, A. (2014). Semiótica de fronteras: dimensiones y pasiones territoriales. [Conferencia]. Foro Internacional FRONTERAS CULTURALES. Facultad de Artes, Diseño y Ciencias de la Cultura (UNNE).
- Grimson, A. (Comp.). (2000). *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Ediciones Ciccus/La Crujía.
- Karasik, G. (1993). Fronteras y periferias. Algunas reflexiones en torno a la frontera norte argentino-chilena. [Monografía]. Seminario de integración sub-regional, Jujuy.
- Kusch, R. (1988). *Vivir en Maimará*. San Salvador de Jujuy. <https://es.scribd.com/doc/89642564/Kusch>
- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I*. Cátedra.
- Michaelsen, S. y Johnson, D. E. (Comps.). (2003). *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Gedisa.

- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.
- (2010). *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Ediciones Del Signo.
- (2015). *Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad* (antología, 1999-2004). CIDOB y UACI.
- Moliner, M. (2007). *Diccionario de uso del español*. Gredos.
- Real Academia Española. (s.f.). Frontera. En *Diccionario de la lengua española*, (23^a ed.). Recuperado el 20/02/2021 en <https://dle.rae.es>
- Real Academia Española. (s.f.). Frontera. En *Diccionario panhispánico del español jurídico*. Recuperado el 20/02/2021 en <https://dpej.rae.es>
- Tizón, H. (1998). *Tierras de frontera*. Secretaría de Estado de Cultura de la Provincia de Jujuy y Universidad Nacional de Jujuy.
- Vargas Soler, J. C. (2009). La perspectiva decolonial y sus posibles contribuciones a la construcción de Otra economía. *Otra Economía, Volumen III* (Nº 4), 46-65.